

**UN PROBLEMA ONOMASTICO EN EL EXTREMO ANDINO :  
LA TOPONIMIA QUECHUA DEL DEPARTAMENTO DE  
NARIÑO, COLOMBIA**



**César E. Quiroga Salcedo\***

A la llegada de los españoles al Perú, el imperio de los Incas había tocado y alcanzado dos puntos extremos en su conquista del cordón vertical sudamericano. Por el norte había incursionado hasta el nudo geográfico de los Pastos sobre los Andes actualmente colombianos en el extremo norte de Sudamérica, y por el sur, hasta el Arauco chileno en el Pacífico y la zona cuyano-argentina en los Andes meridionales. Hemos considerado qué líneas se descubren a partir de la toponimia quechua

\* Profesor de la Universidad de San Juan (R.Argentina). Creador y Director del INILFI (Instituto de Investigaciones Lingüísticas y Filológicas).

andino-argentina, líneas que demuestran en su conjunto los puestos de avanzada y el desarrollo del poder incásico; pero hemos visto también de qué manera el quechua, como lengua, avanzó algo más todavía de esas vanguardias, incluso después de la caída de Atahualpa, dentro mismo de la colonia española y con los apoyos del traslado que los propios españoles le dieron al portarla como lengua general indígena, auxiliar de conquista y coíné de evangelización.

Ahora nos enfrentamos con un caso lingüísticamente distinto (u opuesto o diferente) al de Argentina, en el extremo contrario del avance incásico en el norte andino y sur colombiano. Habiendo dominado el poder del Cusco al actual territorio del Ecuador, los jerarcas incas pretendieron, en un movimiento supremo político-militar, desbordar hacia adelante por el norte y avanzar sobrepasando los límites puestos por diferentes agrupaciones indígenas de pobladores chibchas diseminados en amplias regiones endomontañas de Colombia. La oposición presentada por los nativos agotó las fuerzas del Inca solar y la abrupta llegada de los españoles estratificó y solidificó los límites conseguidos entonces, y para siempre, como si una lava volcánica hubiera detenido el proceso interno amerindio que ahora debemos estudiar serena

mente pero con otro contexto y con la ayuda de varias ciencias, y entre ellas la Lingüística. En este sentido, la toponimia y la antroponimia vienen a funcionar como auxiliares excelentes y testigos fieles en ese proceso para probar y comprobar qué había pasado en aquel polo del imperio incásico provido desde el Cusco.

En un momento de la historia precolombina, los indios "pastos" se debieron unir con sus hermanos y vecinos del norte, los "quillasingas" (individualmente derrotados por el invasor) para fraguar un combate definitivo, urdiendo silenciosamente una retirada vengonzosa o una débil receptividad. De modo que furtivamente se apostaron en las grandes alturas con un voluminoso arsenal de piedras. Cuando el ejército incaico avanzaba por el extremo norte del actual departamento de Nariño, buscando las aberturas hacia el Cauca, gruesas montañas de piedras se desgranaron desde la cumbre, cayendo con zumbido y muerte sobre la tropa del incanato, con lo que se terminó de destrozar el ejército, atrapado para siempre entre las Termópilas andinas. De este modo los nativos consiguieron quedarse en paz con sus hogares, sus costumbres y sus tierras propias; y los incas se retiraron dejando sus muertos y abandonando sus pretensiones.

Pero he aquí que pese a la derrota, a la retirada y al abandono del proceso militar de la conquista (sea por este revés o por la invasión pizarrista o por las guerras internas entre Atahualpa, Huáscar y Rumiñahui), lo cierto es que la zona sur colombiana ha quedado matizada aquí y allá con abundantes términos quechuas de distinta índole, algunos generales (como guagua, 'niño', concho 'lo que queda, el resto') y otros de uso rural ( como camarico, 'regalo', guarme 'mujer hacendosa', cucho 'rincón', etc.) que han sido recogidos en glosarios por gente no experta pero que esperan todavía un tratamiento serio 1/. Tratamiento que significará, por un lado la confirmación de los estratos y niveles de uso, y por otro los límites actuales y alguna opinión autorizada sobre el origen de tales quechuismos, en el supuesto (generalizado en Nariño y Colombia) de que el inca no se asentó jamás definitivamente en la región de Pasto. ¿De dónde salieron estos términos?, ¿Se trata de alguna promoción cultural desde Ecuador en época de la colonia, como supone Maffla Bilbao? ¿ Se tratará de sobrevivencias de yanacunas huídos hacia la montaña y supérstites culturales y lingüísticos que se unieron en familias reducidas, como opina Levinsohn? 2/.

La influencia quechua se advierte, no obstante, y sobre todo, a través de otros dos

factores tanto o más importantes que el vocabulario común: 1º por la presencia de una onomástica quechua, que suele vislumbrar situaciones añejas de la lengua, esto es, asentamientos ya fosilizados; y 2o. por la sobrevivencia de una agrupación aborigen que todavía habla la llamada lengua "inga" (sin duda de inca) en las zonas alta y baja de la Intendencia del Putumayo, y viva también en un punto escaso del Departamento de Nariño, en el municipio de Buesaco, localidad (o vereda) de Aponte.

No es nuestra intención estudiar o comentar los alcances etnolingüísticos del inga o hacer su descripción fonético-fonológica de la lengua después de los estudios de Levinsohn y Alonso Maffla Bilbao 3/.

Baste con señalar su existencia y supervivencia en las ciudades de Santiago, San Andrés y Colón sobre el Alto Putumayo (topónimo también quechua, con el componente -mayu 'agua, río') o sobre el Bajo Putumayo, alrededor de la capital Mocoa (al parecer, topónimo tupí) y Yunguillo y otras localidades menores 4/.

Nuestro intento se dirige sí a poner los ojos sobre el primer punto, en la onomástica quechua, y dentro de ella en los topónimos quechuas que surgen de entre la toponimia nariñen-

se en la que descubrimos una esquivada dirección a denominar los espacios dilatados, los grandes lugares, lo que conocemos por corotopónimos o toponimia mayor, quedando ellos asentados más bien en los pequeños bautizos de fincas, de accidentes menores, o en geónimos de cultura incásica (como guacho 'surco'), o en accidentes dependientes de historias derivadas de la invasión cusqueña (caso de Rumichaca) 5/, o presentes potencialmente (y en muchos casos) en antropónimos vivientes entre los pobladores mestizados. En efecto, después de hacer un resumen de la cuestión nos parece -y lo adelantamos- que el quechua, pese a haber salido derrotado por las armas y aparentemente frenado en la introducción cultural, ha perdurado triunfador en un cierto ámbito (al menos en el de la lengua) a través de la presencia de todas estas joyas de la onomástica y reliquias del léxico.

Si nos fijamos en la lengua, solamente, en la presencia de la lengua inga (con alto porcentaje de terminología quechua), una anécdota referida por Maffla Bilbao de su maestro S. Levinsohn configura la posible inclinación de nuestras suposiciones. Cuenta Maffla que el **inglés** Levinsohn, después de estudiar, conocer vital y realmente la lengua inga tras largas estancias entre los

indios del Putumayo, decidió visitar el Cusco e intentó medir la validez de sus conocimientos y habilidades lingüísticas en la Plaza misma de la vieja capital indiana. Para sorpresa suya los aborígenes cusqueños le entendieron perfectamente su norteño inga colombiano y él comprendió también perfectamente a los viejos quechuahablantes de leche incásica. E incluso hay algo más: Levinsohn pulió su aparato científico y llegó a planos contrastivos: el fondo quechua de la lengua inga sonaba y decía más a clásico y añejo que el propio quechua de los indios otavaleños del Ecuador. Significativa anécdota que deberá tenerse en cuenta en este milagro de sobrevivencia.

Es evidente pues, que esta lengua inga ha vivido constreñida por la soledad (incluso de la selva) y el aislamiento respecto de su vieja matriz cusqueña y combatida lingüística y culturalmente por dos frentes distintos: por un lado, por la lengua oficial, el español, y por otro, por las otras lenguas nativas que también han venido a menos lentamente (como el pasto, el quillasinga y el camsá), sin duda todas ellas combatidas a su vez de frente y frontalmente por la cultura española colonial y colombiano-criolla que prontamente las rodearon y sobrepusieron. Culturas y lenguas que, pese a su desaparición, han dejado sin embargo muestras de vitali

dad toponímica que no alcanzó el inga que sobrevive, sí en la realidad del Putumayo, pero que se entremezclan hoy en el campo fosilizado de la antroponimia y toponimia nariñense. En efecto, si nos dedicamos a repasar el mapa toponímico de las poblaciones mayores, capitales de municipios nariñenses encontramos que existe una línea divisoria que corre esteoeste y divide el territorio en dos márgenes, norte y sur y en donde predominan (incluso respecto de los nombres españoles) los topónimos de lengua quillasinga (al norte) y de lengua pasto (al sur). Las denominaciones toponomásticas incásicas, ingas o quechuas, no figuran en el nivel de importancia de las quillasinga o pasto, y sólo brotan por debajo de ese perfil, soterradas en este estrato de afloramiento correspondiente al de la toponimia menor.

Es así como tenemos topónimos quillasingas terminados en a tónica, casi siempre trisílabos, como Sandoná, Consacá, y muy probablemente el actual Ancuya proveniente de Ancuyá, todos muy próximos entre sí en la región y léxicamente hermanados con antropónimos actuales como Timaná (¿tal vez Timarán?).

Al sur de esta línea quillasinga, se desparraman los topónimos pastos terminados en -ud, como Cuaspud (que es también apellido junto a otros como

Chalapud, Tepud, Gelpud, etc); en -les, como Iles, Ipiiales, Pupiales, Males (los cuatro topónimos y antropónimos, paralelamente); en -es como Puerres (Puerres y Sapuyes son también antropónimos); y en -és como Imués, Guachavés, con apellidos como Tarapués y Chapués 6/.

En medio de esta danza de topónimos, muchas veces restos de conflictos fronterizos y lingüísticos, se alzan algunos otros topónimos aborígenes que complican aún más el mapa dialectal. Es el caso, en primer lugar, de Hualmatán / Gualmatán (quizá voz pasto por su ubicación y su formante gua- 7/); en segundo lugar el grupo de términos que suben desde la frontera colombo-ecuatoriana provenientes de la lengua coaiquer (como yacuanquer, Altaquer, Pusialquer, junto al apellido Cuásquer, quizá de Cuasquer); y en tercer lugar, justamente (!por fin llegamos a nuestro tema específico!) el de los quechuismos toponímicos.

Entre estos topónimos quechuas tenemos dos clases nítidamente discernibles y clasificables: de un lado los que provienen de un bautismo reciente, de imposición de época colonial tardía o incluso del período de la independencia, como son los casos de Los Andes (al norte) y Potosí (al sur). Estamos frente a casos y procedimientos conocidos. Pero junto a

ellos, y de otro lado, aparecen otros nombres de población que deben ser atendidos, como El Tambo y Taminango, ambos capitales de municipio, y un grupo de topónimos de divergente intensionalidad: unos de toponimia mayor, Putumayo, y unos de toponimia menor, Cucho Paltapamba, Sarracuncho, Rumichaca y otros que deberán ser analizados individualmente por diversas monografías, y la suma de ellos, en su complejidad, en conjunto, como una totalidad.

En efecto, ¿cómo es que aparece esta panoja de quechuismos toponímicos desparramada en un enclave lingüístico extraño de dominio quillasinga y pasto? Independientemente de la existencia de algún parentesco entre el quillasinga y el pasto (en tanto que pudieran ser dialectos primos o hermanos, derivados de un tronco común caribe o chibcha), importa preguntarnos si todos estos topónimos provienen directamente de imposiciones incásicas prehispanas o si provienen de imposiciones posteriores al dominio español. En todo caso si son o no baustismos quechuas prehispanos o denominaciones ingas post-colombinas.

Es sabido que el dominio español no fue ni total ni repentino sobre la totalidad del territorio americano o inclusive sobre sus partes o regiones. También sabemos que no en todos los puntos del continente

los fenómenos del español y su relación con las lenguas aborígenes fue igual o del mismo grado e intensidad. Es lo que ha ocurrido siempre en los territorios sometidos a procesos de dominio y a períodos de dominación y transformación. No fue ni uniforme ni del mismo grado la introducción del griego en todos los puntos del Asia Menor bajo el imperio alejandrino ni de la misma coloración cultural el latín de la romanidad pre- y postcristiana. Tampoco lo ha sido el español de América ni lo fue antes el quechua del impero incásico.

Por lo cual, trabajando con este tipo de perspectivas cabe preguntarnos en dos sentidos:

- a. Los topónimos quechuas centro-nariñenses del sur colombiano, ¿son el producto de una actitud lingüística permisiva del hombre y cultura españoles que introdujeron junto con su lengua, la lengua general auxiliar de la conquista, que era en Sudamérica el quechua?
- b. ¿o es que esos topónimos son producto de un bautismo directo de un pueblo quechuahablante que, en un acto de posesión lingüística auténtico, nomina lugares y se auto-denomina a sí, con la lengua que hereda de sus ancestros o con la que acepta después de la batalla?

No es cuestión de decidirse disyuntivamente por una u otra solución o de optar excluyentemente cuando se trata de cuestiones sin simultaneidad histórica, ocurridas en procesos a veces prolongados. Puede perfectamente tratarse de situaciones similares y paralelas. En algunos casos pueden haber sido los propios españoles los que llegaron a la denominación toponímica llevando el bautismo en lengua quechua a lugares donde el inca no pisó o no dominó nunca o totalmente (como lo hemos visto en la zona de San Juan, en Cuyo o en regiones de la Argentina, como Santiago del Estero). En otros casos es posible que se trate de supervivencias de una época de florecimiento o asentamiento de la lengua quechua; y para llegar a estas conclusiones o premisas existen más datos favorables.

La presencia de apellidos de origen quechua nos habla de una sobrevivencia lingüística dentro de la tradicionalidad institucional onomástica española; no se trata del concepto mismo de apellido pero sí de estos hombres que son herederos del sustantivo étnico o de alguna otra herencia tribal. Pero el dato que puede llevar a certificar que las imposiciones son una autodefinición quechua son, por un lado, la presencia misma de lengua inga, y por otro dos denominaciones claves: una, el topónimo Putumayo, inicialmente el nombre

de un río, nombre que indica un viejo bautismo de sólido dominio, y otro el propio nombre de la lengua oponente, el Quillasinga, que según traducción de Maffla Bilbao significa "Nariz de (la) luna" o 'nariz de luna', si es que no tiene algo que ver con "inga" con una sibilante de enganche o de soporte (quilla-s-inga).

Es así que los problemas de la toponimia colombiano-nariñense aparecen como campos vírgenes y dispuestos a ser resueltos por los expertos con la ayuda de sendas monografías que aumenten la relativamente escasa documentación existente. Algunos formantes toponímicos relacionan y co-relacionan puntos extremos del dominio inca tan distantes como Cuyo en Argentina y Nariño en Colombia, a miles de kilómetros de distancia, poniendo frente a frente Putumayo y Gualcamayo, Gualmatán y Gualilán (o Hualmatán y Hualilán), los clásicos Tambos desparramados profusamente por todo el espacio del Tahuantinsuyo, o el Taminango nariñense con Cumiñango, Achango, Aguango, Chisñango (y muchas otras formas en -anco con variación de la homorgánica), generalmente del norte de San Juan, los extraños casos de Angasmayo (chorrera del Departamento de Nariño) con Caballo Ancas en la Provincia de San Juan. En efecto, parece evidente que el dialecto inga colombiano sonorizó la oclusiva velar, mientras en la región

Cuyana se mantuvo sorda o fluctuó como en el caso arriba expuesto. Pero he aquí que la aparición de una [s] en Angasmayo y Caballoancas nos señalaría, no ya una simple hibridación del español anca 'parte posterior y superior de las cabalgaduras' sino el proceso de aparición de un soporte (como en quillasinga) que podría surgir como una pluralización castellana pero que podría ser también otra cosa, o la muestra de otro fenómeno lingüístico particular.

Todas estas ocurrencias, producidas, situadas y asentadas en regiones tan dispares, alejadas, apenas dominadas o en intento de serlo por parte del

inca, incluso diferentemente congeladas por la dominación conquistadora española y manifestadas en suelos con etnias y culturas diferentes hacen pensar en procedimientos toponímicos similares y en comportamientos semejantes que responden a un fondo común de resolución lingüística.

La reunión de estudios y monografías sobre el norte del Ecuador y la toponimia nariñense se podrían aquilatar nuevas ideas y llegar incluso a desvirtuar creencias históricas como ésta referida a la falta de dominio efectivo y permanente por parte del inca en la región pastusa, nudo montañoso no caprichosamente apetecido por la legión solar 8/.

Madrid, Mayo 1989.

\*.\*.\*.\*.\*.\*.\*.

#### NOTAS

1. Aparte de glosarios muy viejos de que tenemos noticia (no conocimiento) está el del abogado Arturo Pazos, Glosario de quechuisms colombianos, Pasto, Biblioteca de Autores Nariñenses, 1961; y el del caleño Tascón, Quechuisms y provincialismos en el sureste colombiano. Alonso Maffla comenzó su glosario que no ha visto la luz. Interesa también Sergio Elías Ortiz, Estudios sobre lingüística aborigen de Colombia, Bogotá, Ministerio de Educación, 1954.
2. Debo a Maffla Bilbao innumerables aclaraciones, descripciones, detalles y el aporte de su conocimiento del inga y la región nariñense como la bondad de manejar sus opiniones sobre la posible influencia ecuatoriana sobre el sur colom-

biano. De la misma manera la transmisión de anécdotas y opiniones de Levinsohn que no figuran en su bibliografía.

3. Levinsohn. Stephen H., Maffla Bilbao, Alonso, y Tandioy Chasoy, Domingo, Diccionario inga del Valle de Sibundoy, Intendencia del Putumayo, Lomalinda (Colombia), Instituto Lingüístico de Verano, Editorial Townsend, 1978. 439 pp.
4. Para el estudio de la presencia tupí-guaraní en el sur colombiano, me baso en la tesis de Alonso Maffla Bilbao, Universidad Complutense de Madrid, 1989, sobre todo en el cap. 5.
5. Interesa tener presente el erudito trabajo de la arqueóloga francesa Chantal Caillavet sobre perduración de los topónimos quechuas en la zona norte del Ecuador. Quizá muchas observaciones de Caillavet puedan correrse prudentemente y con matizaciones a lo lingüístico, hasta los extremos del dominio de los pastos, o sea, hasta nuestra zona de estudio. Cf. "Toponimia histórica, arqueología y formas prehispanas de agricultura en la región de Otavalo-Ecuador Bull. Inst. Fr. Et. And., 1983, XII, No. 3 y 4, 1-21.
6. El estudio completo de la onomástica de los pastos deberá encararse en el futuro teniendo en cuenta fundamentalmente los aportes de Carlos Grijalba, Toponimia de las provincias del Carchi, Quito, 1947. Trabajo que acometeré en breve.
7. El grupo en gua- cuenta con Guachucal, Guamués, Guaitarilla (como hibridismo) y Guachavés. Existe guaico como geónimo "tierra caliente".
8. Cf. también en la Historia Extensa de Colombia el artículo de Sergio Elías Ortiz, vol. 3 cap. II Mareas lingüísticas en Colombia.